MAQUINA Y ESTRUCTURA**[[1]](#endnote-1)**

La distinción que proponemos entre máquina y estructura no tiene otro fundamento que el uso que haremos de ella; consideramos que se trata de un "artificio de escritura" del tipo de los que nos vemos obligados a introducir en el curso del tratamiento de un problema de matemática o bien de un axioma que puede ser puesto en duda en una etapa u otra del desarrollo, o aún de esta suerte de máquina de la que trataremos aquí.

De forma deliberada, pues, ponemos entre paréntesis la circunstancia de que una máquina, en la realidad, no es separable de sus articulaciones estructurales e inversamente, que cada estructura contingente está constituida –es lo que querríamos establecer— por un sistema de máquinas, por lo menos por una máquina lógica. Si en un primer momento nos parece indispensable hacer resaltar esta distinción, es para aclarar la localización de las particulares posiciones de la subjetividad en su relación con el acontecer y la historia.[[2]](#endnote-2)

Digamos de la estructura que ella posiciona sus elementos mediante un sistema de emisiones de unos en *relación* a los otros, y de tal manera que ella misma pueda estar *relacionada* como un elemento de otra estructura.

El hecho subjetivo cuya definición no excede aquí ese principio de determinación recíproca está incluido en la estructura. El proceso estructural ele totalización destotalizada contiene al sujeto. no tolera perderlo sino cuando está en condiciones de recuperarlo en el seno de otra determinación estructural.

En cambio, la máquina permanece excéntrica, por esencia, al hecho subjetivo. El sujeto en ella siempre está en otra parte. La temporalización penetra la máquina por todas partes y no puede situarse en relación a ella sino a la manera de un acontecer. El surgimiento de la máquina marca una fecha, un corte no homogéneo en una representación estructural.

La historia de la tecnología está fechada por la existencia, en cada época, de un tipo dado de máquina; la historia de las ciencias aflora en el presente, en cada una de sus ramas, en el lugar en que cada teoría científica puede ser tomada como máquina y no como estructura, lo que remitiría al orden de la ideología. Cada máquina es negación, asesinato por incorporación de la máquina que reemplaza. Potencialmente, mantiene el mismo tipo de relaciones con la máquina que le sucederá.

La máquina de antes, la de ahora y la de mañana no mantienen relaciones de determinaciones estructurales: sólo un proceso de análisis histórico, el recurso a una cadena significante extrínseca a la máquina, digamos un estructuralismo histórico, permitirá recuperar globalmente los efectos de continuidad, de retroacción y de encadenamiento que es susceptible de representar.

El sujeto de la historia, para la máquina, está en otra parte. en la estructura. A decir verdad, al sujeto de la estructura, considerada en su relación de alienación con un sistema de totalización destotalizada, habrá que relacionarlo más bien con un fenómeno de "yoidad", el yo está aquí opuesto al sujeto de lo consciente en tanto que responde al principio enunciado por Lacan: un significante lo representa para otro significante. El sujeto inconsciente en tanto que tal estará del lado de la máquina, digamos *al lado* de la máquina. Punto de ruptura de la máquina. Corte más acá y más allá de ella.

El individuo en su relación con la máquina fue descripto por sociólogos a lo Friedmann en una relación fundamental de alienación. Esto es exacto sin dudas si se considera al individuo como estructura de totalización imaginaria. Pero la dialéctica del maestro artesano y del aprendiz, los grabados de Epinal sobre la "vuelta de Francia de los oficios". etc., han perdido todo sentido a la vista del maquinismo moderno que, en cada etapa tecnológica, requiere de sus especialistas que se formen a partir de cero. ¿Pero, justamente, ese *regreso a cero* no hay que situarlo en el principio mismo del corte esencia) que marca el sujeto inconsciente?

La iniciación en el oficio, la cooptación en U corporación no pasa por mediaciones institucionales, por lo menos del tipo de las que respondían a un principio que habría podido ser enunciado así: ‘‘El oficio precede a la máquina". Con el capitalismo industrial la evolución espasmódica del maquinismo corta y recorta el orden existente de los oficios.

En este sentido, la alienación del trabajador en la máquina lo expulsa fuera de todo equilibrio estructural, lo transfiere, con una máxima proximidad, a un sistema radical de corte, digamos de castración, que le quita todo descanso, toda seguridad “yoizante” que le niega la legitimidad de un “sentimiento de pertenencia” a una corporación.[[3]](#endnote-3) Las órdenes profesionales que aún subsisten, como las de médicos, farmacéuticos, abogados, etc., no son sino los residuos de relaciones de producción anteriores al capitalismo.

Es cierto que este corte es insoportable; también la producción institucional se dedica a ocultar sus efectos mediante la implantación de sistemas equivalentes, de sucedáneos, cuyo garante ideológico no es localizable únicamente del lado paternalista fascistizante, con sus consignas sobre el trabajo, la familia y la patria, sino también en el seno de los diferentes refritos de socialismo (incluido los que puedan parecer más liberales, como Cuba por ejemplo), con su apología oprimente del trabajador modelo y su exaltación de la máquina, cuyo culto funciona como el de los héroes antiguos…

Frente al trabajo de la máquina, el trabajo humano ya no es nada. Digamos más bien que es el trabajo del “nada”, como específico del trabajo moderno, al menos tendencialmente, el trabajo del *feed back:* apretar un botón rojo o negro en función de tal o cual tarea programada en otra parte, el trabajo humano no es más que el residuo todavía no integrado del de la máquina.

El trabajo del obrero, del técnico, del científico, será absorbido, incorporado a los engranajes de la máquina de mañana, el movimiento repetido ya no ofrece garantía ritual. No es posible identificar la *repetición* del movimiento humano —“el gesto augusto del sembrador”– con el del orden natural en tanto que fundamento del orden moral de las cosas. La *repetición* del movimiento no funda un “ser-para-la-profesión” El trabajo humano moderno no es sino un *subconjunto residual del trabajo de la máquina.* El movimiento humano residual es sólo un proceso adyacente y parcial del proceso subjetivo secretado por el orden de la máquina. De hecho, la *máquina está instalada en el centro del deseo,* el movimiento humano residual no constituye más que el *lugar de marcado* de la máquina en la totalidad imaginaria del individuo (véase función del: [l - a] de Lacan).

Todo nuevo descubrimiento, por ejemplo en el ámbito de la investigación científica, atraviesa el campo estructural de la teoría al modo de una máquina de guerra, lo perturba y lo modifica hasta transformarlo radicalmente. El investigador mismo es arrastrado por las consecuencias de este proceso. Su descubrimiento lo sobrepasa por todas partes, arrastra a su paso ramas enteras de investigadores y estremece al estado anterior del árbol de implicaciones de las ciencias y de las técnicas, incluso en el caso de que un descubrimiento sea bautizado con el nombre de su autor, el ‘"efecto” considerado, lejos de “personalizarse”, tiende, a] contrario, a hacer de ese nombre propio un nombre común. El problema que se plantea es saber si esta desaparición del individuo en relación a su producción es algo que tenderá a generalizarse en los demás órdenes de producción.

Si es cierto que esta subjetividad inconsciente, en tanto que corte superado de una cadena significante, está desplazada fuera del individuo y de las colectividades humanas, hacia el orden de la máquina, no por ello es menos *no representable* en el nivel específico de la máquina. Es un significante desligado de la cadena estructural inconsciente que funcionará a título de *representante* de la representación de la máquina.

La esencia de la máquina, es precisamente esta operación de *desligamiento de* *un* *significante* como representante, como “diferenciante”, como corte causal, heterogéneo, del orden de las cosas estructuralmente establecido. Es esta operación que anuda la máquina al registro de doble faz del sujeto deseante y de su status de raíz fundadora de los diferentes órdenes estructurales que le corresponden. La máquina, como repetición de lo singular, constituye un modo, e incluso el único modo posible, de representación unívoca de las diversas formas de subjetividad en el orden de lo general en el plano individual o colectivo.

Si consideráramos la cosa en un sentido inverso, “a partir” de lo general, nos crearíamos la ilusión de un posible apoyo en un espacio estructural preexistente al encuentro contingente del corte por la máquina. Esta cadena significante "pura", "básica”, especie de paraíso perdido del deseo o de los “buenos viejos tiempos anteriores al maquinismo", podría entonces ser considerada como metalenguaje, referencial absoluto que puede ser siempre producido en lugar de un acontecer contingente o de una marca singular.

Llegaríamos así a situar indebidamente la verdad del corte, la verdad del sujeto, en el nivel de la representación, de la información, de la comunicación, de los códigos sociales y de todos los otros modos de determinaciones estructurales.

La voz, como máquina de palabra, corta y funda el orden estructural de la lengua y no a la inversa. El individuo asume, en el plano de su corporeidad, las consecuencias del entrecruzamiento de las cadenas significantes de todos los órdenes que lo atraviesan y lo desgarran. El ser humano está tomado en el entrecruzamiento de la máquina y de la estructura.

Los grupos sociales no disponen de tal superficie de proyección. No disponen más que de modos de desciframiento y de localización sucesivos y contradictorios, aproximativos y metafóricos, a partir de diferentes órdenes estructurales, por ejemplo de intercambios, de mitos, etc. Cada ruptura producida por la intrusión de un fenómeno de máquina se encontrará así unida a la instauración de lo que llamaremos un *sistema de antiproducción* modo representativo específico de la estructura.

HASTA ACA

Es vano decir que la producción corresponde al orden de la máquina: el acento está puesto aquí sobre su carácter de corte subjetivo como rasgo distintivo de todo orden de producción. Se trata así de disponer de un medio de localización evitando el pasaje mágico de un plano a otro Se trata de relacionar, por ejemplo, *al mismo* sistema de producción lo que se opera en el orden de la industria, en el nivel del taller o del cuarto de estudio, y lo que está en cuestión en la investigación científica, hasta en el orden literario, poético, onírico, etcétera.

La antiproducción consistirá, entre otras cosas, en lo que se ha puesto bajo el registro de las "relaciones de producción". La antiproducción buscará realizar una especie de reequilibrio imaginario, no necesariamente en el sentido de la inercia y del conservatismo, puesto que también ella puede llevar a la generalización, en el seno de un área social dada, de un nuevo modo dominante de relaciones de producción, de acumulación, de circulación, de distribución, o de cualquier otra expresión superestructura! de un tipo nuevo de máquina económica. Su modo de expresión imaginario es entonces el del fantasma transicional.

Volvamos al otro extremo de la cadena, al plano de la producción onírica. Identificábamos la antiproducción con la elaboración de un contenido manifiesto del sueño, por oposición a las producciones latentes articuladas en las máquinas pulsionales que constituyen los objetos parciales. El objeto "a", descripto por Lacan como raíz del deseo, ombligo del sueño, también irrumpe en el seno del equilibrio estructural del individuo al modo de una máquina infernal. El sujeto se encuentra disminuido en sí mismo. A la medida del corte que el objeto-máquina '“a” modula en el campo estructural de la representación, se escalonan para él registros de alteridad que se posicionan de modo específico en cada etapa del proceso. La fantasmatización individual corresponde a ese modo de localización estructural por medio de una lengua singular, articulada en las instancias repetitivas de las "maquinaciones" del deseo.

La existencia de este objeto-máquina "a", irreductible, inasimilable a las referencias estructurales, ese "mismo para sí mismo" que sólo se relaciona con los elementos de la estructura al modo del corte y de la metonimia, concluye en que la representación de sí mismos por medio de las claves del lenguaje sólo conduce a una impasse, a un punto de ruptura y de apelación a una alteridad repetida. El objeto del deseo descentra al individuo al borde de sí mismo, en el límite del otro, encama la imposibilidad de un refugio absoluto de sí mismo en sí mismo e igualmente la imposibilidad de un pasaje radical al otro. El fantasma individual representa ese imposible deslizamiento de los planos; es en esto que se deslinda de la fantasmatización de grupo que no dispone de puntos de amarre del deseo en la superficie del cuerpo, de esos puntos de llamados al orden de las verdades singulares como son las zonas erógenas, las zonas límites, de pasaje y adyacencia.

El fantasma del grupo *superpone* los planos y los intercambia, los sustituye. Está condenado a dar vuelta alrededor de sí mismo. Este efecto de circularidad lo lleva a determinar zonas de estancamientos, de prohibiciones, de *vacuolas* infranqueables y lodo un “no man's land” del sentido. Tomado en el campo del grupo, el fantasma remite al fantasma al modo de una moneda de cambio, pero de una moneda sin patrón corporizado, sin punto de consistencia que le permita ser relacionada, aunque fuera de un modo parcial, a otra cosa que a una topología que muestre Cínicamente el orden de lo general. El grupo —en tanto que estructura— fantasmiza el acontecer a través de un perpetuo e irresponsable vaivén entre lo general y lo particular. Tal líder, tal víctima propiciatoria, tal escisión, tal amenaza imaginaria sentida por el otro grupo es el *equivalente* de la subjetividad del grupo. A cada acontecer, a cada crisis, es sustituible otro acontecer, otra crisis que inaugura otra secuencia, ésta también marcada por el sello de la equivalencia y de la identidad. La verdad de hoy será "relacionable" a la de ayer en función de una reescritura siempre posible de la historia. La experiencia psicoanalítica, la puesta en marcha de la máquina psicoanalítica, actualiza la imposibilidad, para el sujeto deseante, del mantenimiento de tal sistema de homología y reescritura: la trasferencia no desempeña aquí sino un rol revelador de la repetición, funciona, a la inversa de un efecto de grupo, al modo de una máquina.

El sistema pulsional del grupo, por no poder engancharse a la máquina deseante –los objetos “a” relacionados con la superficie del cuerpo fantasmático--, está condenado a multiplicar los modos imaginarios de localización. Cada uno de ellos está estructurado en sí mismo, pero permanece en correspondencia equívoca en relación con los otros. El hecho de no disponer de este elemento diferenciante del cual habla Gilles Deleuze los condena a un perpetuo sistema de deslizamiento. El corte ha caducado, no es localizable más que *entre* los planos estructurales. El corte ya no es asumido en su esencia. La carencia de un modo singular de localización de estructuras tiene por efecto volverlas “traducibles" unas en relación a otras, desplegando así una suerte de *continuum* lógico indefinido, especialmente satisfactorio para los maníacos. La identificación de lo semejante, el rastreo de la diferencia, se operan en el nivel del grupo según una lógica imaginaria de segundo grado. Es la representación imaginaria del otro grupo, por ejemplo, la que funcionará como máquina posicionante. En un sentido, es un exceso de lógica que la reduce a un *impase****.***

Este cara a cara de las estructuras pone en marcha una máquina loca, más loca que el más loco de los locos, representación tangencial de una lógica sado-masoquista donde todo es equivalente a todo, donde la verdad es siempre excéntrica. Es el reino de la irresponsabilidad política, es el orden de lo general cortado radicalmente del orden ético. El último término del fantasma de grupo, es la muerte en sí, la destrucción sin soporte, la supresión radical de toda verdadera localización, un estado de cosas donde la cuestión de la verdad no solamente ha desaparecido desde siempre, sino que nunca existió, aunque fuese a titulo de problema.

*Esta estructura de grupo representará aquí el sujeto para otra estructura* como fundación de una subjetividad empastada, opaca, “yoizada". Mientras que, para el individuo, era el objeto del deseo inconsciente lo que funcionaba como sistema de corte o de máquina, en el nivel del grupo son los subconjuntos contingentes y transitorios del grupo, u otro grupo, los que asumirán esta función. El campo de equivalencia estructural así desplegado tendrá, pues, por función fundamental ocultar, suprimir toda irrupción de un objeto singular representado ya sea en *el aspecto del sujeto humano,* por el deseo inconsciente, ya sea *en el aspecto más general de las cadenas significantes inconscientes,* por el corte operado por el sistema cerrado de las máquinas. El orden estructural del grupo, el de la conciencia, el de la comunicación, está así rodeado por todas partes por esos sistemas de máquinas sobre las cuales no tendrá nunca contacto, ya se trate de los objetos “a” como máquina inconsciente del deseo, o de los fenómenos de ruptura relacionados a las máquinas de diferentes géneros. La esencia de la máquina, como hecho de ruptura, como fundación utópica de este orden de lo general, *desemboca en la imposibilidad de distinguir al sujeto inconsciente del deseo del orden mismo de la máquina.* Más allá o más acá de toda determinación estructural, el sujeto de la economía, el sujeto de la historia, el sujeto de la ciencia, tropiezan con este mismo objeto “a'' como corte fundador del deseo.

Una estructura que funciona como sujeto para otra estructura, sería por ejemplo el caso de la comunidad de negros, en los Estados Unidos, que representa la individualización de un orden blanco de las cosas. Cara a cara opaca, absurda, indescifrable para una conciencia modernista Una problemática inconsciente cuestiona el rechazo de una alteridad más radical que estará unida, por ejemplo, a un rechazo de la alteridad económica. El acontecimiento del asesinato de Kennedy "representa" la imposible localización de la alteridad económica y social de los países del tercer mundo, como lo atestigua el fracaso de la "Alianza para el progreso", la empresa de destrucción de Vietnam, etc. Convendría señalar aquí los puntos de unión *y* continuidad entre la economía libidinal y la economía política.

En tal o cual etapa de la historia aparece una focalización del deseo en el conjunto de las estructuras; proponemos su localización bajo el término general de máquina, ya se trate de un arma nueva, de una nueva técnica de producción, de una nueva axiomática religiosa, grandes descubrimientos, como por ejemplo, el descubrimiento de las Indias, el de la relatividad, la Luna, China, etc. Para hacerles frente, la antiproducción estructural se desarrolla hasta su propio punto de saturación, mientras que el corte revolucionario igualmente, por su Indo, desarrolla en contraposición otro campo discontinuo de antiproducción tendiente a reincorporar el insoportable corte subjetivo, todo lo que hace que persista en escapar al orden antecedente. *Digamos de la revolución, del periodo revolucionario, que es el tiempo en que la máquina representa a la subjetividad social para la estructura,* y esto a *la inversa de la fase de opresión, de estancamiento, en que las superestructuras se imponen como imposible representación de los efectos de la máquina.* El referente común a esos tipos de escrituras al nivel de la historia sería el despliegue de un espacio puro del significante donde *la máquina representaría al sujeto para otra máquina.* Pero no podríamos continuar diciendo entonces de la historia, como lugar del inconsciente, que está “estructurada como un lenguaje", dejando de lado que no existe forma escritural posible de tal lenguaje.

Es imposible, en efecto, economizar el discurso histórico real, el rasgo contingente que hará que tal etapa, tal significante, esté representado por tal acontecimiento, o tal grupo social, por la irrupción de un individuo, de un descubrimiento, etc. En este sentido, deberíamos considerar que los arcaísmos históricos, por principio, son los lugares de elección de la verdad, la historia no procede según un proceso continuo, los fenómenos estructurales se despliegan según secuencias particulares para expresar y marcar las tensiones significantes inconscientes hasta su punto de ruptura, punto singular de discontinuidad localizable en la triple dimensión de la exclusión, de la insistencia y de la amenaza. Los arcaísmos históricos expresan la reiteración del efecto estructural en lugar de su debilitamiento.

Si André Malraux pudo decir del siglo XX que es el siglo de las naciones por oposición al XIX que habría sido el del internacionalismo, es porque el internacionalismo, por no disponer de una expresión estructural adecuada articulada en las maquinarias económicas y sociales que lo "desgastaban", se encerró en el nacionalismo y mucho más aún en el regionalismo y en las diferentes formas del particularismo que hoy se desarrollan, incluso en el seno del movimiento comunista pretendidamente internacional.

La cuestión de la organización revolucionaria consiste en la implantación de una máquina institucional cuyos rasgos distintivos serían una axiomática y una práctica que le garanticen no replegarse en las diferentes estructuras sociales y muy especialmente en la estructura estatal, piedra angular aparente de las relaciones de producción dominantes, aunque ya no corresponda más a los medios de producción. La trampa imaginaria, el señuelo, consisto en que nada parece articulable hoy fuera de esa estructura. El proyecto revolucionario socialista, que se había fijado como fin la *toma del poder político del estado,* identificado como soporte instrumental de la dominación de una clase sobre otra, como la garantía institucional de la posesión de los medios de producción, cayó en el engaño. Se ha estructurado a sí mismo como un engaño a medida que este objeto, que se impone en la conciencia social, ya no correspondía a las pulsiones económicas y sociales. El estado tal como lo conocemos está ahora completamente descentrado respecto de los procesos económicos fundamentales. La institucionalización de "grandes mercados", la perspectiva del surgimiento de superestados, derrumba tal engaño, del mismo modo que el proyecto del reformismo modernista de un control “popular”, progresivo de los subconjuntos económicos y sociales... La consistencia subjetiva de la sociedad, tal como se articula en todos los niveles económicos, sociales, culturales, etc., no es actualmente localizable y no dispone sino de equivocas traducciones institucionales. Pudo comprobarse durante la revolución de mayo en Francia, donde la única aproximación a una autentica organización de las luchas sólo surgió merced a la experiencia balbuceante, tardía y tan combatida, de los comités de acción.

El proyecto revolucionario, como maquinación de una subversión institucional, tendría que revelar tales potencialidades subjetivas y, en cada etapa de las luchas, prevenirlas contra su "estructuración".

Pero tal recuperación permanente de los efectos de máquina sobre las estructuras no podría bastarse a sí misma con una única “práctica teórica”. Implica la promoción de una praxis analítica específica en adyacencia a cada nivel de la organización de las luchas.

Tal perspectiva, a cambio, permitiría situar la responsabilidad de los que, por una razón u otra, están en posición de articularse a la letra del discurso teórico en el lugar que marca la lucha de clases en el centro del deseo inconsciente.

1969

1. \* Exposición inicialmente destinada a la Ecole freudienne de Paris, 1969. Publicado en Change, nº 12. ed. du Seuil. [↑](#endnote-ref-1)
2. 1 Retomando las categorías introducidas por Gilles Deleuze, la estructura, en el sentido en que la consideramos aquí, habría que ubicarla en el nivel de la generalidad caracterizada por una posición de intercambio o de sustitución de los particulares, mientras que la máquina correspondería al orden de la repetición "como conducta y como punto de vista que concierne a una singularidad no permutable e insustituible" (Différence et répétition, P.U.F 1969, pág. 7). De las tres condiciones mínimas que determina Deleuze para una estructura en general, tendremos en cuenta sólo las dos primeras:

   1º Son necesarias por lo menos dos series heterogéneas una de las cuales estará determinada como significante y la otra como significada.

   2º Cada una de estas series está constituida por términos que sólo existen por las relaciones que mantienen unas con otras.

   La tercera condición, "las dos series heterogéneas convergen hacia un elemento paradójico que es como su diferenciante", habría que relacionarla, al contrario, exclusivamente al orden de la máquina. (Ed. de Minuit, 1969, 63). [Trad. cast.: Lógica del sentido. Barcelona. Barral, 1970. p. 72.) [↑](#endnote-ref-2)
3. \* La expresión francesa es *corps* de metier, que el autor subraya con intención. [N. del T.] [↑](#endnote-ref-3)